



LIBROS Y AUTORES.

Marguerite Duras: "Las Diez y Media De Una Noche de Verano"

Por HERNÁN DEL SOLAR

8044

Desde que existen las literaturas, los escritores se dividen en dos grupos que —dijéramos— se miran de reojo. No es para menos. Uno de los grupos se compone de los que se hallan satisfechos de lo establecido; el otro lo forman los descontentos, buscadores de novedad. En prosa o en verso, la aventura es idéntica. Así, pues, no es de extrañar que entre los novelistas haya quienes sigan transitando por los caminos tradicionales y no falten los contrarios, que tratan de abrirse rutas nuevas. Mientras para algunos brillan los ejes de los ídolos —Balzac o Dickens, por ejemplo— con miradas protectoras de fero, para los otros se pierden, ensaladores, los índices de los dioses vicarios: Joyce, Kafka, Faulkner. De este modo el lector tiene donde elegir y la literatura no pierde nada.

En Francia, desde hace muchos años, existe un brillante grupo de experimentadores. No son muchos, desde luego, pero cada vez ganan más terreno. Insatisfechos de las resultados conseguidos por los novelistas convencionales están procurando dar a un nuevo rumbo a la narración. Cada paso que dan es a costa de críticas violentas; pero ellos siguen adelante, convencidos de que la razón novelística les asiste, pues si el mundo cambia cada día no hay por qué preocuparse en obviar a la novela a que pertenecen estéticamente. Los lectores de todos los continentes conocen a estos aventureros benitos y espantados. Suele creerse que el capitán del grupo es Alain Robbe-Grillet y que detrás de su estandarte caminan —para no nombrar sino a los más afamados— Michel Butor, Claude Simon, Nathalie Sarraute, Marguerite Duras. La verdad es que no se trata de un regimiento, es decir, de una escuela. Cada uno de estos autores es independiente, personal, dueño de un sentido propio de la vida y de un concepto muy suyo de lo que es una novela. Se les cita, por lo general, en estrecha unión, porque se caracterizan por su manifiesta necesidad de crear un mundo novelesco diferente, en gestación, un "nouveau roman" que eche por tierra a la novela vieja y la deje el terreno perdido.

Lo curioso de este grupo de novelistas franceses —que obtiene con discípulos visitantes o empujados por todas partes— es que poco, además del son narrativo, la ficción se mueve con notable inteligencia. Atendidos por críticos de veras escuchas, se han volado en la obsesión de meditar acerca de su arte y de escribir decenas de clases, formas, con un conocimiento preciso de la literatura del pasado, del mundo de hoy y de las exigencias que impone a la prosa o al verso que aspira a mostrar la situación del hombre actual en la tierra que habita. Sobresalen en esta fauna expositiva y de explicación teórica. Butor, Nathalie Sarraute y Robbe-Grillet. Hace último forma un libro —"Por una novela nueva"— que merece ser una lectura. Enfrentando a los críticos dice, con ironía pero no mansuetudine: "En cierto sentido, la crítica es algo difícil, bastante más que el arte. Mientras que el novelista, por ejemplo, puede darse solamente de su sensibilidad, sin tratar siempre de comprender las elecciones de ésta, el crítico se contenta con saber si el libro llega o no a él, si el libro le conviene o no, si le gusta o si no le gusta, si le aporta algo, en cambio se espanta del crítico que sea el quien da las razones de todo ello: debe precisar qué es lo que el libro aporta, decir por qué le gusta, y recurrir a él juicios absolutos de valor". Como vemos, Robbe-Grillet muestra al novelista en una libre actitud creadora, y al lector en libertad de tomar el libro o de dejarlo, sin mayores compromisos, mientras que el crítico —visiblemente apático— la señala atado a una misión de juez inapelable, repartidor de sentencias absolu-

tas, que le son dictadas por la voz ensordecedora de la tradición. Los valores que iluminan al crítico son valores de pasado. Y la novela nueva no pretende sino crear nuevos valores, nuevos significados, nuevas maneras de entenderlo todo y de expresarlo.

Marguerite Duras, con sus colegas anteriormente mencionados, ha sido cercado más de una vez por críticos dispuestos a terminar con ella. Recordamos una crítica del prestigioso André Billy sobre la novela "El Vice-Consul". Era un comentario furibundo, con desmorona analfabeta. Marguerite Duras sigue escribiendo y aquí lo tenemos con "Las diez y media de una noche de verano". Si se mira la obra con criterio tradicionalista, se pesa con rapidez, se hace una muestra de disgusto y se asegura una vez más que el libro no es una novela como ellos manda. Desde luego, no hay un protagonista desde el cual partan y hacia el cual converjan todos los caminos de la novela. En seguida, no hay una historia que merezca el nombre de tal algo sucede, claro está en el libro, pero es tan escaso que un par de páginas bastarían para su exposición, nudo y desenlace.

Es, finalmente, un hecho ya que la "novela nueva" ha espantado a los lectores tradicionalistas y está demostrando que, para ella, la palabra personaje no significa retrato de cuerpo entero tras el cual existe un árbol genealógico tupido, por cuyo tronco y ramas galopa la riqueza material como una sarta de oro. Tampoco la palabra historia quiere decir una serie cronológica de acontecimientos destinados a mostrar el proceso de una pasión o de una lluvia de pasiones. La "novela nueva" no es un mundo cerrado, un mundo hecho para que en él encuentre el lector un juego de azar donde se halla a sí mismo representado, junto a unas cuantas personas que ha conocido, que conoce, o que lo gustaría conocer. No hay identificaciones tan fáciles. La "novela nueva" no lo ofrece. Ante todo, lo que una novelista como Marguerite Duras exige del lector no es sumisión pasiva, una mera recibir y aceptar; lo que desea es una actitud colaboradora, un ir forzando, con el autor, la novela. Se está de continuo en un tiempo presente. El pasado no asoma. El futuro no importa. La vida de "A las diez y media de una noche de verano" va construyéndose en cada página. Los personajes se hallan tan a oscuras como el lector acerca de lo que va fermentando, de lo que tiende a proseguir. La situación a que los lectores asistimos es muy simple: estamos en España, unos turistas —un matrimonio joven y su hija pequeña, acompañada de una amiga— se ven asaltados por una tempestad dura, insistente, y tienen que refugiarse en un hotel. En el pueblito a que llegan, se ha cometido ese día un crimen pasional. La policía busca, entre la lluvia, al asesino. Nada más. No sabemos quiénes son estos viajeros, qué hacer en la vida. Poco a poco vamos descubriendo relaciones íntimas, un drama secreto. Pero eso lo sabemos exactamente como podríamos irlo sospechando, junto a personajes parecidos, en el mundo real, de cada día. No hay una historia creada por un autor para divertirnos. No tenemos Comedias.

Marguerite Duras no necesita mayores narrativas, más grandes complicaciones para darnos plenamente con realidad insuperable. Ahora bien: lo que más debe importar al lector —en su deseo de comprensión— es (así, al menos, lo creemos) que en esta novela realista no hay que ir a buscarle fuera de ella explicaciones, justificaciones, interpretaciones bonitas. Todo está dentro de ella. En su propio mundo. Posee sus leyes de inevitabilidad e inercia que son, sin más, su estilo firme y novelesco.

Marguerite Duras: "Las diez y media de una noche de verano"

[artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Marguerite Duras: "Las diez y media de una noche de verano" [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile